

## EL POPULISMO Y SUS CÓMPLICES\*

**H**ace más de una década, el escritor colombiano Plinio Apuleyo Mendoza, el escritor cubano Carlos Alberto Montaner y yo mismo publicamos el *Manual del Perfecto Idiota Latinoamericano*, un libro que criticaba a los líderes y los intelectuales que se aferraban a mitos políticos funestos en contra de los dictados de la realidad. La especie del “idiota”, sugerimos, era responsable del subdesarrollo de América Latina. Sus creencias –la revolución, el nacionalismo económico, el odio a los Estados Unidos, la fe en el Estado como agente de la justicia social, la erótica del poder por sobre el Estado de Derecho– se originaba, en nuestra opinión, en un complejo de inferioridad. A finales de la década del 90, pareció que el idiota finalmente se batía en retirada. Pero la retirada tuvo corta vida. Hoy día, la especie ha regresado con fuerza bajo la forma de Jefes de Estado populistas que están desenterrando las políticas fracasadas del pasado.

Cuatro líderes en particular, además de los inefables hermanos Castro, conforman hoy el parque jurásico latinoamericano: Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador y Daniel Ortega en Nicaragua. La pareja Kirchner está en la puerta de entrada, ansiosa por ingresar. Está por verse lo que pasará con Fernando Lugo en Paraguay, aunque eso no pinta bien.

---

Álvaro Vargas Llosa es periodista, politólogo y ensayista.

\* Este texto reproduce la intervención del autor en el curso “La tiranía de lo políticamente correcto”, en el Campus FAES, Navacerrada, 3-07-2008.

La visión del mundo que posee el idiota encuentra eco entre distinguidos intelectuales, medios de comunicación y dirigentes políticos de Europa y los Estados Unidos. Estos pontífices apaciguan sus afligidas conciencias abrazando causas exóticas en las naciones en vías de desarrollo. Sus opiniones influyen en jóvenes despistados del mundo desarrollado a quienes la fobia contra la globalización proporciona la oportunidad perfecta para hallar satisfacción espiritual en las bravatas populistas del idiota latinoamericano contra el Occidente malvado.

No hay nada original en el hecho de que el Occidente proyecte sus utopías en América Latina. Cristóbal Colón tropezó con las costas americanas en una época en la que las ideas utópicas del Renacimiento estaban en boga. El mito del Buen Salvaje –la idea de que los nativos del Nuevo Mundo encarnaban una bondad prístina e incontaminada por los males de la civilización– impregnó la mente europea. La tendencia a utilizar al continente americano como una válvula de escape para la frustración contra la insostenible abundancia de la civilización occidental continuó durante siglos. Basta leer las novelas del francés Chateaubriand en el siglo XIX para darse cuenta de ello. En las décadas de 1960 y 1970, cuando América Latina se inundó de organizaciones terroristas de izquierda que provocaron golpes militares, esos grupos violentos gozaron de un apoyo masivo en Europa y los Estados Unidos entre gente que nunca hubiese aceptado en su país un gobierno autoritario al estilo estalinista.

Ahora, una vez más, importantes políticos, académicos y escritores están proyectando su idealismo, sus conciencias culpables o sus reclamos contra sus propias sociedades en la pantalla latinoamericana, prestando sus nombres a causas impresentables. Premios Nobel como el dramaturgo británico Harold Pinter, el novelista portugués José Saramago y el economista estadounidense Joseph Stiglitz, lingüistas estadounidenses como Noam Chomsky, periodistas europeos como Ignacio Ramonet y corresponsales de medios españoles, italianos, franceses o alemanes sacralizan, una vez más, al idiota latinoamericano. En la medida en que legitima el tipo de Gobierno que está en la raíz del subdesarrollo político y económico de América Latina, esta forma de turismo revolucionario constituye una traición intelectual.

El ejemplo más notable, hoy día, del contubernio entre ciertos intelectuales occidentales y los caudillos populistas es el *affaire* amoroso entre ciertos europeos y estadounidenses y Hugo Chávez. En sus presentaciones en el Massachusetts Institute of Technology, Chomsky ha señalado a Venezuela como un ejemplo para el mundo en vías de desarrollo, alabando las políticas sociales que han alcanzado el éxito en materia de educación y asistencia médica y rescatado la dignidad de los venezolanos. Ha expresado también admiración por el hecho de que “Venezuela desafió con éxito a los Estados Unidos, y a este país no le agradan los desafíos, mucho menos si son exitosos”.

Pero, como me ha tocado comprobarlo en un reciente recorrido por los barrios pobres de Caracas con motivo de un documental sobre el populismo que estoy realizando para National Geographic, los programas sociales de Venezuela se han convertido, con la ayuda de los servicios de inteligencia cubanos, en vehículos para la regimentación política y social y la dependencia con respecto al Estado. Además, su efectividad es mínima. La misión “Barrio Adentro” era manejada, originalmente, por unos 20.000 médicos cubanos. En la actualidad, muchos de esos centros de salud están cerrados; el resto carece de personal suficiente. “Los cubanos se están yendo”, me explicó Félix, un cooperante social del barrio de Baruta, “porque no se les paga, porque son víctimas del crimen rampante o sencillamente porque se han marchado: sólo se ofrecieron a trabajar en Venezuela como una excusa para salir de Cuba”. Parece evidente que muchos de esos cubanos que viajaron a Venezuela para ayudar a Chávez a establecer sus “misiones” estaban movidos por una fe migratoria antes que altruista... Según la Universidad Andrés Bello, el 60 por ciento de los centros de salud de “Barrio Adentro” ya no funcionan.

La misión “Mercal”, una serie de supermercados en los cuales los pobres pueden en teoría adquirir alimentos a precios extremadamente bajos, tampoco va bien. Debido al control de precios, los productos esenciales han desaparecido de los anaqueles. La gente forma colas durante horas para comprar alimentos o leche. En algunos casos, como me dijeron en el barrio de Petare, los productores han cesado sus actividades por el control de precios; en otros, la gente que administra los supermercados vende los

productos de primera necesidad por debajo del mostrador a quienes tienen la posibilidad de pagar más. Uno de cada cinco supermercados pertenecientes a la red “Mercal” ha cerrado en el último año.

¿De qué logro social hablan Chomsky y compañía? El Centro de Documentación y Análisis Social de la Federación Venezolana de Maestros informa que el 80 por ciento de los hogares de Venezuela tiene dificultad para cubrir el costo de la alimentación –la misma proporción que al momento de asumir Chávez el mando en 1999, cuando el precio del petróleo era diez veces menor que el actual. En cuanto a la dignidad que Chávez habría devuelto a sus compatriotas: ha habido 10.000 homicidios por año en Venezuela desde que Chávez subió al poder, dándole al país la más indigna tasa de homicidios per cápita del mundo.

Un insigne devoto de Castro, Ignacio Ramonet, el director de *Le Monde Diplomatique*, un periódico francés conocido por sus críticos como *Le Tiers Monde Diplomatique* por su tendencia a respaldar a los sátrapas del Tercer Mundo, justifica el populismo sosteniendo que la globalización ha vuelto más pobre a América Latina en años recientes. De hecho, la pobreza ha sido modestamente reducida en los últimos cinco años. La globalización ha dado a los Gobiernos latinoamericanos tantos ingresos por la venta de materias primas y los impuestos abonados por inversores extranjeros que han podido repartir subsidios en efectivo a los más pobres.

En la conferencia ofrecida al recibir el Premio Nobel de Literatura, con dos décadas de retraso, Harold Pinter ofreció un asombroso relato del Gobierno sandinista nicaragüense. Afirmó que los sandinistas se habían “propuesto establecer una sociedad estable, decente y pluralista”, y que no existía “antecedente alguno de torturas” o de “brutalidad militar sistemática u oficial” bajo el Gobierno de Daniel Ortega en los años 80. Pinter haría bien en recordar la masacre de 1981 de los indios misquitos en la costa atlántica de Nicaragua. O en recordar que su héroe Daniel Ortega se convirtió en un próspero capitalista gracias a las propiedades confiscadas que los dirigentes sandinistas repartieron entre ellos tras perder los comicios de 1990.

Pero no sólo los intelectuales: también los políticos de países prósperos secundan al idiota latinoamericano: hace pocos años, el Gobierno socialista español le vendió armas al Gobierno de Hugo Chávez, del que ya se sabía que tenía conexión con las FARC colombianas, bajo el pretexto de que con ello se daría trabajo a españoles que lo necesitaban. Me pregunto si el mismo argumento hubiera justificado vendérselas a Augusto Pinochet, a Alfredo Stroessner o a Jorge Rafael Videla.

El gran escritor liberal estadounidense H.L. Mencken definió al demagogo como “aquel que predica doctrinas que sabe falsas a hombres que sabe que son idiotas”. ¿Cómo definiríamos al populista, esa variante latinoamericana del demagogo? Tal vez como aquel que despilfarrar dineros que sabe ajenos en nombre de aquellos a quienes se los expropia –si nos circunscribimos a la dimensión económica–, o, si preferimos una fórmula más cabal, aquel que se empeña en abolir el Derecho en nombre de todos los derechos, sabiendo que todos son lo mismo que ninguno porque los beneficios están siempre concentrados y los costos dispersos, de modo que nadie se da cuenta de que le paga la factura al vecino.

Para entender bien el peligro que representa el populismo y por qué debe ser conjurado si queremos que la contribución política de América Latina al siglo XXI sea más decorosa que la de la pasada centuria, es preciso definir sus rasgos esenciales.

La primera constatación interesante es que el populismo no nació en América Latina sino en Rusia y en los Estados Unidos. En Rusia se trató de un ejercicio más bien elitista de tipo intelectual, mientras que en los Estados Unidos surgió a partir de la reacción de ciertos grupos agrarios contra lo que percibían como la amenaza del desarrollo industrial y su correlato financiero.

Influidos por las Revoluciones europeas de 1830 y 1848, vagamente sintonizados con el idealismo alemán, los intelectuales rusos conocidos como los “Narodykos” postularon, hacia la década de 1860, la idea de que se podía alcanzar la meta socialista sin hacer escala en las distintas etapas del desarrollo capitalista. Ejercieron algo de presión sobre el Zar, pero su al-

cance resultó limitado. En los Estados Unidos, mientras tanto, acabada la Guerra Civil, varios grupos agrarios del Sur y el Medio-Oeste formaron cooperativas y trabaron alianza con movimientos obreros a fin de forzar al Gobierno a inflar la moneda para aliviar las duras condiciones que enfrentaban. Hijo de este movimiento, el *Greenback Party* dio coherencia ideológica a ese sentimiento anti-moderno. Más tarde, el *People's Party*, primer partido en adoptar el populismo como nombre, postuló la inflación de la plata como instrumento de estímulo productivo, y pretendió la nacionalización de los ferrocarriles y la banca, la semana laboral de 40 horas y el cobro de impuestos regresivos.

Estos antecedentes palidecen, sin embargo, frente al arraigo que tendría luego el populismo en América Latina, donde pasaría a constituir toda una cultura.

Es más fácil, cuando uno se refiere al populismo latinoamericano, enunciar nombres –caras, siglas– que ideas o dogmas. Una de sus características es, justamente, lo que Carlos Sabino ha llamado su “imprecisión ideológica”. El populista es un ser providencial, situado por encima de las leyes y los programas, que se debe al “pueblo” antes que a una filosofía o doctrina, y por tanto deja muchos espacios libres para la improvisación. Ésta sería su primera gran característica: el voluntarismo del caudillo.

Pero no basta el caudillo para que haya populismo. Los caudillos decimonónicos –un Gaspar Francia en Paraguay, un Juan Manuel Rosas en Argentina, un Santa Anna en México– tenían algo de populistas pero no expresaban cabalmente el populismo que los caudillos del siglo XX vendrían a encarnar más tarde. El populismo propiamente hablando fue la resaca del siglo XX contra el siglo XIX, caracterizado por la república oligárquica, un espacio reservado a las élites de las que estaba excluido el pueblo. Los electorados del XIX, basados en la apretada clase de propietarios, por lo general terratenientes, en muchos casos no superaban el uno por ciento de la población; el resto vivía la experiencia de la república como algo ajeno. El populismo del siglo XX, que ya en la Constitución mexicana de 1917 inaugura un nuevo tipo de texto fundamental que pone énfasis no en la limitación del poder sino en la consagración de reclamos sociales,

pretendió la participación del pueblo en los asuntos antes reservados a la elite. Esa participación, hoy lo sabemos, acabó siendo, bajo el PRI, una forma distinta de discriminación en favor de otra oligarquía: la de los supuestos representantes del pueblo en el Estado y sus satélites.

El populismo gobierna contra la oligarquía tradicional, incluso después de muerta. Del brasileño Getulio Vargas al argentino Juan Domingo Perón, del mexicano Lázaro Cárdenas al primer Carlos Andrés Pérez en Venezuela, y de éste al hoy irreconocible peruano Alan García de los años 80, el populista busca redimir al “pueblo” de una injusticia que tiene en la “oligarquía” su expresión máxima. Esa oligarquía la forman los latifundistas, los banqueros y los nuevos industriales, pero también sus brazos político, militar o eclesiástico.

La impugnación contra la oligarquía es inseparable de su siamés, la denuncia del “imperialismo”. Todos nuestros populistas sacuden la espada en las barbas de imperio. El “imperio” es casi siempre Estados Unidos. Con esto, asumen lo que Carlos Rangel llamó el “tercermundismo”, que consiste en la proyección, al escenario de las relaciones internacionales, de la lucha de clases entre ricos y pobres. Tras la Primera Guerra Mundial, y ante la evidencia de que el capitalismo no sucumbiría ni siquiera por obra de esa conflagración, el marxismo encontró en el Tercer Mundo una válvula de escape. Ahora, había que denunciar la explotación de los países pobres por parte de los países ricos. John A. Hobson y, desde luego, Lenin suministraron las explicaciones. El populismo latinoamericano las hizo suyas. El complejo del “antiimperialismo” es, desde entonces, otro rasgo populista.

Me apresuro a añadir que el “antiimperialismo” del populista no se basa sólo en la condena de las intervenciones militares de los Estados Unidos sino en la idea de que el conjunto de instituciones y empresas estadounidenses relacionadas de forma directa o indirecta con América Latina usufructúan indebidamente de esa relación, explotando a los latinoamericanos. Por tanto, el populismo transfiere a Estados Unidos la responsabilidad de nuestra pobreza, a partir de la idea de que la riqueza es un juego de suma cero por el que nadie gana si otro no pierde. La doble impugnación –con-

tra la oligarquía local y contra el imperio exterior— legitima las acciones del populista latinoamericano a ojos de su pueblo, suministrándole una dispensa moral para los excesos, atropellos e incluso crímenes.

Pero, atención: el populismo, si bien hunde el hocico en el abrevadero marxista, se cuida hipócritamente de zambullirse en él del todo. Y ésta es otra característica nítida: el populismo no cree en la captura de todos los medios de producción, sino, al estilo de las “teleocracias” de las que hablaba Bertrand de Jouvenel, en teledirigirlos desde el poder para trazarles fines distintos de aquellos que sus dueños, respondiendo a las preferencias de consumidores y clientes, se fijarían ellos mismos. No aspira a adueñarse de todas las empresas, sólo de las “estratégicas”, y prefiere poner el resto a su servicio, o, mejor dicho, al servicio de sus planes, sujetos a las necesidades clientelistas, electorales, de la hora. Por eso, Juan Domingo Perón hablaba de una supuesta “tercera vía” —mucho antes de Anthony Giddens—, ajena tanto al capitalismo como al comunismo, dos extremos que, según él, se tocaban.

La “tercera vía” del populista es el nombre sutil que adopta otra característica crucial: la idolatría del Estado. El populista ve en el Estado la redención del pueblo ante la injusticia. Esa redención pasa por otorgar al Estado algunas responsabilidades productivas y comerciales, y por convertirlo en una agencia de empleos. El populismo que reinó en México, intermitentemente, desde que finalizó la Revolución, o, más precisamente, desde Lázaro Cárdenas, llevó al Estado a representar, hacia mediados de la década de 1980, un gasto público equivalente a 61 por ciento del Producto Interno Bruto. En Venezuela, el populismo produjo un Estado que gastaba más del 50 por ciento de la riqueza nacional por esas mismas fechas. El populismo peruano, que alcanza por primera vez un apogeo gubernamental con Velasco Alvarado en los años 70 y se repite tragicómicamente con Alan García antes de su sorprendente reencarnación actual, llega a crearle al país un problema permanente de dos mil millones de dólares, la cifra que representaba hasta 1990 el déficit anual de las empresas públicas. En Brasil, el modelo populista de Vargas sobrevivió a su creador: hacia fines de los años 70, el país ya tenía un Estado con 560 empresas públicas, dueño de la tercera parte de los activos industriales y capaz de gastar anualmente casi el cuarenta por ciento de la riqueza de los ciudadanos.



La combinación de “antiimperialismo” y “estatismo” produce, a lo largo del siglo XX, el nacionalismo económico. Los nacionalistas postulaban la sustitución de importaciones a partir de la premisa de que existían unos injustos “términos de intercambio” entre los países desarrollados, que exportaban manufacturas caras, y los países subdesarrollados, que exportaban materias primas baratas. Como los países ricos –se decía– monopolizaban el capital y la tecnología, y los países pobres que necesitaban ambas cosas para aumentar sus inversiones no generaban suficientes divisas para adquirir las, había un problema “estructural” en la economía mundial.

El “estructuralismo” fue la palabreja pedante adoptada para vender la superchería ideológica del nacionalismo económico, aunque éste empezó mucho antes, a fines de los años 20, y duró hasta comienzos de los 90. América Latina se erizó de barreras arancelarias, cuotas, tipos de cambio diferenciados y toda clase de mecanismos jurídicos para canalizar los recursos de los ciudadanos hacia aquellas áreas –ciertas industrias, por ejemplo– que el Estado creía prioritarias.

Cuando fue evidente, hacia los años 70, que el “estructuralismo” no lograba corregir los términos de intercambio, surgió la segunda fase del nacionalismo económico: la “teoría de la dependencia”. Esta nueva explicación justificaba el fracaso con el argumento de que existía una “dependencia” tan profunda con respecto a los países ricos, que sólo una masiva redistribución de recursos internacionales mediante la ayuda exterior lograría el cometido. Así, apelando a la mala conciencia de los países ricos, América Latina se inundó de créditos provenientes del exterior, y de donaciones o ayudas multimillonarias.

El resultado de todo esto fue calamitoso. Incluso en los momentos en que los países ricos canalizaron más recursos hacia América Latina, los niveles de inversión anual no superaron el 15 por ciento del PIB, la mitad del nivel alcanzado por los países del Sudeste asiático en su hora de despegue. Los capitales huyeron más rápido de lo que viajaba la ayuda exterior hacia América Latina, de modo que en la década de 1980 se produjo una salida de 220 mil millones de dólares, cuatro veces más que todos los créditos otorgados por el Fondo Monetario Internacional a los países subdesarro-

llados a lo largo de esos mismos años. Venezuela, a la que décadas antes llamaban “saudi” por la abundancia de dólares, a fines del siglo XX tenía un ingreso por habitante 25 por ciento menor que en 1976, fecha emblemática en que el primer Carlos Andrés Pérez nacionalizó el petróleo.

El populismo tiende a generar su propia lógica. Nunca es bastante. A cada bache o crisis se responde con nuevas dosis de populismo. Las hiperinflaciones de Siles Suazo en Bolivia, Raúl Alfonsín en Argentina o Daniel Ortega en Nicaragua, fueron la consecuencia de sucesivos populismos empeñados en corregir los problemas suscitados por populismos anteriores. Los mencionados gobernantes, una vez que se vieron ante la incapacidad de este modelo para generar inversión y empleos, porque el capital privado había perdido todo incentivo para arriesgar o porque sencillamente había emigrado, decidieron huir hacia adelante, en una frenética carrera en dirección al enemigo. El colapso del Estado populista, que a fines de los 80 abre las puertas en casi toda América Latina a las reformas de libre mercado, fue hijo del nacionalismo económico instalado en la región más de medio siglo antes.

Una característica final de los populistas, menos mensurable en estadísticas pero no menos devastadora para América Latina, es el autoritarismo. O, más exactamente, el debilitamiento de las instituciones y del principio de la separación de poderes en beneficio del Presidente. Nuestros populistas se diferencian en mucho, pero en eso coinciden al milímetro. El populismo mexicano se expresó a través de un sistema corporativista en que el partido servía de instrumento para el adormecimiento social a través de la relación que establecía con distintos estamentos de la sociedad, vinculándolos al Estado.

El populismo brasileño de Getulio Vargas, que llegó al poder a la cabeza de una Revolución en 1930, careció de una estructura de organización social, salvo en su última etapa, cuando en 1951 ganó las elecciones con el PTB, por lo que se debió apoyar la mayor parte del tiempo en los militares. Juan Domingo Perón, en cambio, montó una poderosa maquinaria social, el justicialismo, vinculada a su figura caudillista. Estas tres modalidades del populismo –el institucional, el militarista, el caudillista– representan variantes muy distintas. Pero todas concentraron poder en el gobernante y

otorgaron a quienes detentaban el Gobierno la capacidad de imponer su ley de forma arbitraria, y a veces brutal, aboliendo en la práctica los sistemas de protección jurídica.

Ese mismo rasgo autoritario, aun cuando en grado menor, asomó en los diversos populismos posteriores, del Apra en el Perú a Acción Democrática en Venezuela o a Joaquín Balaguer en la República Dominicana. Si la legitimidad de un gobernante está basada en la popularidad o en la clientela por encima de cualquier otra consideración, las “formas” propias de Estado de Derecho pierden importancia. Con frecuencia, el referéndum o la consulta popular –o el discurso de plazuela– actúan de sucedáneo del Estado de Derecho, avasallando minorías.

Teniendo en cuenta todos estos rasgos del populismo –el voluntarismo caudillista, el espíritu de la lucha de clases, el “antiimperialismo”, la idolatría del Estado, el nacionalismo económico, el abuso del poder–, cabe preguntarse: ¿vivimos hoy un resurgimiento cabal del populismo?

Empecemos reconociendo que parte de la izquierda latinoamericana ha hecho una transición mental, alejándose de la idiotez –transición similar a la que la izquierda europea, de España a los países escandinavos, experimentó hace algunas décadas cuando, en ciertos casos de mala gana, abrazó la democracia liberal y la economía de mercado–. Ahora, en América Latina, uno puede hablar de una “izquierda vegetariana” y de una “izquierda carnívora”. La izquierda vegetariana está representada por figuras como Lula da Silva en Brasil, Alan García en el Perú, Tabaré Vázquez en Uruguay, Michelle Bachelet en Chile y, quizá, Óscar Arias en Costa Rica. A pesar de la esporádica retórica “carnosa”, estos dirigentes han evitado las equivocaciones de la vieja izquierda, incluida la confrontación de rigor con el mundo exterior y el despilfarro fiscal. Han optado por una mansedumbre social-demócrata y están demostrando no estar dispuestos a producir reformas de gran calibre, pero significan un avance positivo en la lucha por la modernización de la izquierda.

En contraste, la “izquierda carnívora” está representada por Fidel Castro, Hugo Chávez, Evo Morales, Daniel Ortega y Rafael Correa. Se afe-

rran a una visión marxista de la sociedad y una mentalidad de “Guerra Fría” que separa al Norte del Sur, y procura explotar las tensiones étnicas, particularmente en la región andina. La lluvia de petrodólares recibida por Chávez está financiando gran parte de este esfuerzo.

La gastronomía de los Kirchner, en Argentina, es ambigua; se encuentran situados en algún lugar del espacio que separa a los carnívoros y los vegetarianos. Han inflado la moneda, establecido controles de precios y nacionalizado o creado empresas estatales en sectores importantes de la economía, pero han evitado los extremos revolucionarios y pagado las deudas de su país con el Fondo Monetario Internacional, aunque con la ayuda del crédito venezolano. La ambigua posición de los Kirchner ha sido útil para Chávez, quien ha llenado el vacío de poder en el Mercosur para proyectar su influencia sobre la región.

Extrañamente, muchos vegetarianos europeos y estadounidenses apoyan a los carnívoros en América Latina. Por ejemplo, Joseph Stiglitz ha defendido distintos programas de nacionalización en la Bolivia de Morales y la Venezuela de Chávez. En una entrevista con Radio Caracol, en Colombia, Stiglitz afirmó que las nacionalizaciones no deberían provocar alarma en virtud de que las “empresas públicas pueden ser muy exitosas, como el sistema jubilatorio de la Seguridad Social en los Estados Unidos”. Stiglitz no ha pedido nunca la nacionalización de las principales compañías privadas que operan en la Bolsa en su propio país (el sistema de la Seguridad Social fue creado partiendo de cero), y parecería no percatarse de que, al sur del Río Grande, las nacionalizaciones están en la raíz de las desastrosas experiencias populistas del pasado.

Stiglitz ignora también el hecho de que en América Latina no existe una verdadera separación entre las instituciones del Estado y la administración del Gobierno, por lo que las empresas estatales rápidamente se vuelven el mejor camino para el clientelismo político y la corrupción. La principal empresa de telecomunicaciones de Venezuela, que Chávez nacionalizó hace poco, había sido un éxito desde su privatización a comienzos de la década de 1990: el mercado de las telecomunicaciones experimentó un crecimiento cercano al 25 por ciento solamente en los úl-

timos tres años. En cambio, PDVSA, el gigante estatal petrolero, ha visto declinar su producción sistemáticamente. Venezuela produce hoy día cerca de un millón de barriles de petróleo menos que los que producía en los primeros años de esta década. En México, donde el petróleo también está en manos gubernamentales, el proyecto Cantarell, que representa casi dos tercios de la producción nacional, perderá la mitad de su producción en los próximos dos años debido a una capitalización insuficiente.

En Hugo Chávez, el banquero político de los hermanos Castro, están presentes todos los rasgos populistas. El gobernante, entre incandescentes discursos, despilfarra esos cerca de 50 mil millones de dólares anuales que le suministra el petróleo, avasalla opositores, sustituye a la ley con sus múltiples consultas populares, captura instituciones como el ente electoral o el máximo tribunal de justicia y, mediante toda clase de controles, incluido el de cambios, entorpece los vínculos de los venezolanos con el exterior. Gracias a la sociedad civil, incluidos los estudiantes universitarios, Chávez no ha podido hacer de Venezuela una segunda Cuba.

También salta a la vista, para poner otro ejemplo, el populismo de la pareja Kirchner. Con ella vemos resurgir la fe en el gasto público desbocado en la Argentina, causa –qué rápido lo han olvidado– del cataclismo financiero de 2001. En los últimos cinco años, el gasto fiscal se triplicó y aumentó diez puntos como proporción del PIB. Esta farra clientelista, sustentada en el aumento de la emisión monetaria, ha generado ya una inflación de al menos un 30 por ciento al año.

Además, el Gobierno se niega a reconocer sus deudas con los acreedores privados, incluidos los pensionistas argentinos que fueron obligados a comprar bonos del Estado, inequívoco síntoma del menosprecio de la propiedad. Manteniendo controles de precios, como el de las tarifas de los grandes servicios públicos, y atacando o chantajeando a ciertas empresas europeas porque no expanden sus inversiones en un escenario que ha dejado de serles rentable, el gobernante exhibe desprecio por la economía de mercado.

En 2002, los peronistas decidieron controlar el precio del gas natural, cuyas abundantes reservas se habían descubierto en las dos décadas ante-

riores. En el contexto del rebote económico que experimentó el país tras la crisis del 2001/2002, la demanda creció rápidamente. Este hidrocarburo se convirtió en un componente esencial de la matriz energética: por ejemplo, el parque automotriz se convirtió, en buena parte, al gas natural. Debido al poco incentivo que el control de precios ofrecía a las compañías extranjeras y a que el Gobierno llevó adelante una agresiva campaña contra el capital privado, la inversión se secó. Cuando la oferta fue incapaz de satisfacer la demanda, apareció la escasez. Argentina se vio obligada, violando contratos internacionales, a reducir las exportaciones a Chile a la décima parte. Los chilenos, que dependen de las importaciones de energía, se sintieron traicionados por su vecino aun cuando los dos Gobiernos de izquierda se declaraban aliados. El recorte de las exportaciones a Chile no fue suficiente para resolver el problema en la Argentina, que terminó importando hidrocarburos más costosos y menos limpios que el gas natural.

En los líderes de la izquierda vegetariana, en cambio, hay muchos menos rasgos populistas, aunque suelen reservarlos para su política exterior. “Lula” da Silva, mucho más prudente y sensato que los colegas antes mencionados, cede sin embargo a la tentación de ejercer en materia exterior el populismo que trata de reducir a proporciones limitadas cuando de política doméstica se trata. Así, empezó promoviendo la potenciación del Mercosur –una región amurallada contra el exterior– en perjuicio de un comercio libre con el resto del mundo, y ahora anima la Comunidad Sudamericana de Naciones como una forma de integración “por arriba”, es decir entre Estados, y no mediante la eliminación de barreras a la libre circulación de personas, capitales, bienes e ideas. Su oposición al Área de Libre Comercio de las Américas que proponían Estados Unidos y varios países latinoamericanos, así como sus rituales elogios a Chávez, representan la dimensión más claramente populista de su política exterior.

En México y en el Perú, aunque fueron felizmente derrotados por el hoy Presidente Felipe Calderón y el renacido Alan García, los grupos populistas de López Obrador y Ollanta Humala, respectivamente, siguen tratando de entorpecer el avance evidente de sus países hacia la modernidad. No soportan, en el caso mexicano, que el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica haya aumentado en un 400 por ciento las exportaciones y

que gracias a la reducción de la pobreza haya hoy una clase media que tiene un interés creado en impedir que los populistas vuelvan al poder.

El reciente proyecto de ley que permitiría a los inversores extranjeros celebrar contratos con Pemex, el monopolio petrolero estatal, para explorar, distribuir y refinar petróleo, es tímido. Pero en vista del tabú que rodea el tema del petróleo en México y la situación minoritaria del partido del Gobierno en el Congreso, la iniciativa de Calderón es notable.

Como era previsible, los intereses que medran con el monopolio estatal –proveedores que le cobran a Pemex precios superiores a los del mercado, empleados cuyos salarios no paran de aumentar mientras que la producción no para de caer, políticos que rutinariamente ubican a sus amigos en la nómina– defienden sus privilegios con uñas y dientes. La frase acuñada por un ex Presidente panameño para explicar el clientelismo latinoamericano –“si coloco a mi hija lo llaman nepotismo, si coloco a mi sobrina lo llaman solidaridad”–, les calza como un guante.

Los argumentos económicos para permitir el capital privado en la industria petrolera son obvios. México, tercer proveedor extranjero de los Estados Unidos, ha visto caer su producción un 20 por ciento en tres años; salvo una intervención de último minuto por parte de la Virgen de Guadalupe, las exportaciones se detendrán dentro de siete años. La mayor empresa latinoamericana está tan descapitalizada que han cesado sus exploraciones en aguas profundas, única fuente potencial de nuevo crudo. El Gobierno que tanto aman los estadistas mexicanos depende de Pemex para casi el 40 por ciento de sus ingresos, o sea que cuando los populistas regresen al poder no habrá fondos para sus extravagancias populistas! No hay mal que por bien no venga, dicen.

Pero el argumento no es económico. Es esencialmente cultural: urge que los mexicanos se alejen de la idea de que la nacionalización petrolera de 1938 bajo la Presidencia de Lázaro Cárdenas fue un acto de independencia. El tiempo ha demostrado que se trató de un acto de capitulación civil ante el poder autoritario. Si México hubiese seguido un camino distinto, sus ciudadanos probablemente no tendrían que arriesgar sus vidas

ni negociar su dignidad con mafias de “coyotes” para ingresar furtivamente a los Estados Unidos, país del cual se suponía que la nacionalización de 1938 los había independizado.

En el Perú, mientras tanto, los populistas tampoco soportan que la apertura económica haya reducido la pobreza al 39 por ciento y que Alan García se haya convertido a la sensatez económica. Como no soportan, en Colombia, que Álvaro Uribe, un Presidente tan notable que es casi un misterio que América Latina haya podido producirlo, esté a punto de derrotar a las FARC y a sus cómplices internacionales, y que, para colmo, en medio de una guerra, haya podido disparar la actividad económica gracias a la multiplicación de nuevas empresas que sus reformas han hecho posible y al aumento de la inversión que su política de “seguridad democrática” ha *gatillado* espectacularmente.

En resumen: América Latina está hoy enfrascada en una batalla cultural de primera magnitud. Algunos países, como Chile, Brasil, México, Colombia, Perú y Uruguay intentan jugar a fondo el partido de Occidente. Otros intentan impedirlo. Esa tensión algo paralizante no es nueva y es responsable de que en las últimas tres décadas todos los países de la región excepto Chile hayan visto su ingreso per cápita caer como proporción del ingreso per cápita de los Estados Unidos. Hace tres décadas, China y Brasil producían el mismo volumen de bienes y servicios. Hoy China produce tres veces más. Mientras no resolvamos esta batalla cultural entre modernizadores y populistas reaccionarios, no acabaremos de despegar aun cuando la bonanza exportadora actual haya ayudado a reducir la pobreza por debajo del 40 por ciento en la región.

Un interesante “ranking” de las 500 empresas más importantes de América Latina nos sugiere el extraordinario potencial de la región. Muchos negocios latinoamericanos han dejado de confinar su ambición dentro de los estrechos mercados internos o de viajar sólo a países vecinos; ahora, juegan el partido en la cancha global. En los últimos tres años la inversión extranjera directa originada en un país latinoamericano creció seis veces. Este salto de canguro abarca proezas como la de la empresa mexicana Cemex, que adquirió el Rinker Group de Australia por más de \$14,000



millones –audacia que probablemente la ha convertido en la mayor productora de cemento del mundo– y la de la Compañía Vale do Rio Doce, el gigante de la minería brasileña, que compró Inco, empresa canadiense dedicada a la extracción de níquel, por más de \$17,000 millones.

Esto no significa que América Latina esté a punto de superar a Asia como fuente de inversión extranjera: un 60 por ciento del capital internacional originado en países en vías de desarrollo sigue siendo asiático. Lo que significa es que existe un grupo cada vez más competitivo de empresarios latinoamericanos con la visión y el nervio creativo para triunfar en los tiempos que corren. Ello explica, tal vez, que una proporción cada vez mayor de grandes empresas activas en la región sea propiedad de latinoamericanos. De las 500 compañías principales, sólo una cuarta parte son “extranjeras”; hace siete años la proporción rondaba el 40 por ciento.

Paradoja llamativa: la incapacidad de la economía latinoamericana, por culpa de sus políticos e intelectuales populistas, para ponerse a la par con otras regiones “emergentes” del mundo ha ayudado a estas empresas a dar el salto global. Ellas buscan fuentes de capital y mercados internacionales con tanto ahínco precisamente porque, ante la ausencia de reformas de libre mercado significativas desde finales de la década de los 90, el capital local les resulta demasiado costoso y los mercados internos demasiado pequeños. El exceso de reglamentos y barreras a la actividad empresarial implica que por lo general se las ven negras para hacer frente a la competencia extranjera en sus propios países.

Estas novedades estimulantes hacen pensar con melancolía en cuánto mejor podría irle a América Latina si pusiera orden en su burdesca política y continuase con las reformas que se frenaron hace una década, cuando la corrupción y el mercantilismo soliviantaron a millones de ciudadanos contra los mercados libres.

Los empresarios globales de América Latina envían una poderosa señal a sus países. Lo que dicen es sencillo: existe el potencial para comernos el mundo si nos quitan la mordaza de la boca.

# XI FIL - PR



un universo en el libro

PRESENTADOR OFICIAL

FEDERACIÓN DE GREMIOS DE EDITORES DE ESPAÑA

FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE PUERTO RICO

---



NOVIEMBRE 12-16 DE 2008  
CENTRO DE CONVENCIONES  
DE PUERTO RICO